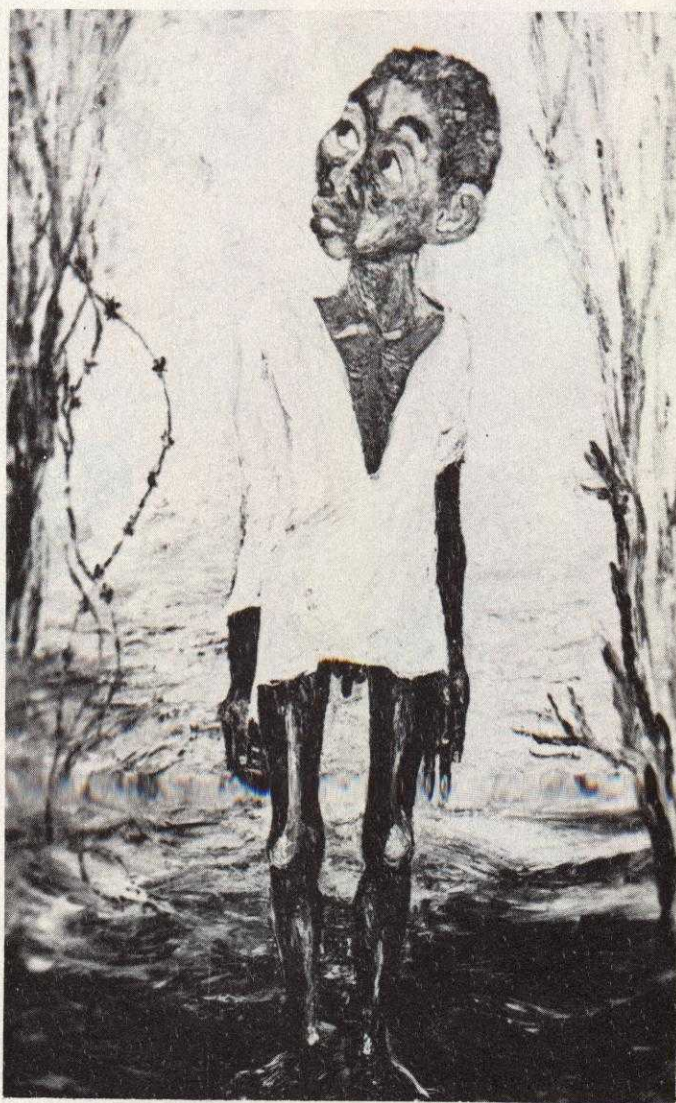


Las notas  
a continuación transcritas  
sobre el distinguido pintor JOSEF WERNER LEBEN;  
fueron posibles  
durante el otoño pasado en la ciudad de México,  
gracias a la recopilación magnetofónica  
realizada en la casa de Ione Scotto y Claudio Augusto Colombani,  
entrañables amigos,  
para quienes deseo dejar constancia  
de mi gratitud  
por su valiosa cooperación.  
j.s.i.



**WERNER LEBEN por WERNER LEBEN**

### Sus Opiniones

“Muchas personas, cuando ven mis cuadros, piensan que son políticos. Sin embargo mi pintura es personal, sin ningún fundamento militante. Muestro solamente lo que conozco sobre esta humanidad indefensa, destruida parcialmente. Es eso lo que quiero mostrar”.

“Expresionismo es una escuela que está vinculada a las amarguras de la vida; describe pictóricamente, sin inhibiciones o temores de axiomas, las imágenes más violentas”.

“Cuando presento mis obras deseo transmitir el significado humanista a pesar de la fría realidad que muchos procuran encubrir”.

“Vivimos en una época de contrastes extremos, de choques ideológicos y culturales. En mi juventud sufrí los horrores de la guerra de 39-45; fue cuando mis ojos vieron escenas terribles. Mi mente quedó obsesionada por la idea de libertad en todos los sentidos; vengo, desde entonces, procurando —por medio del óleo y de las tintas— mostrar las derrotas y las esperanzas”.

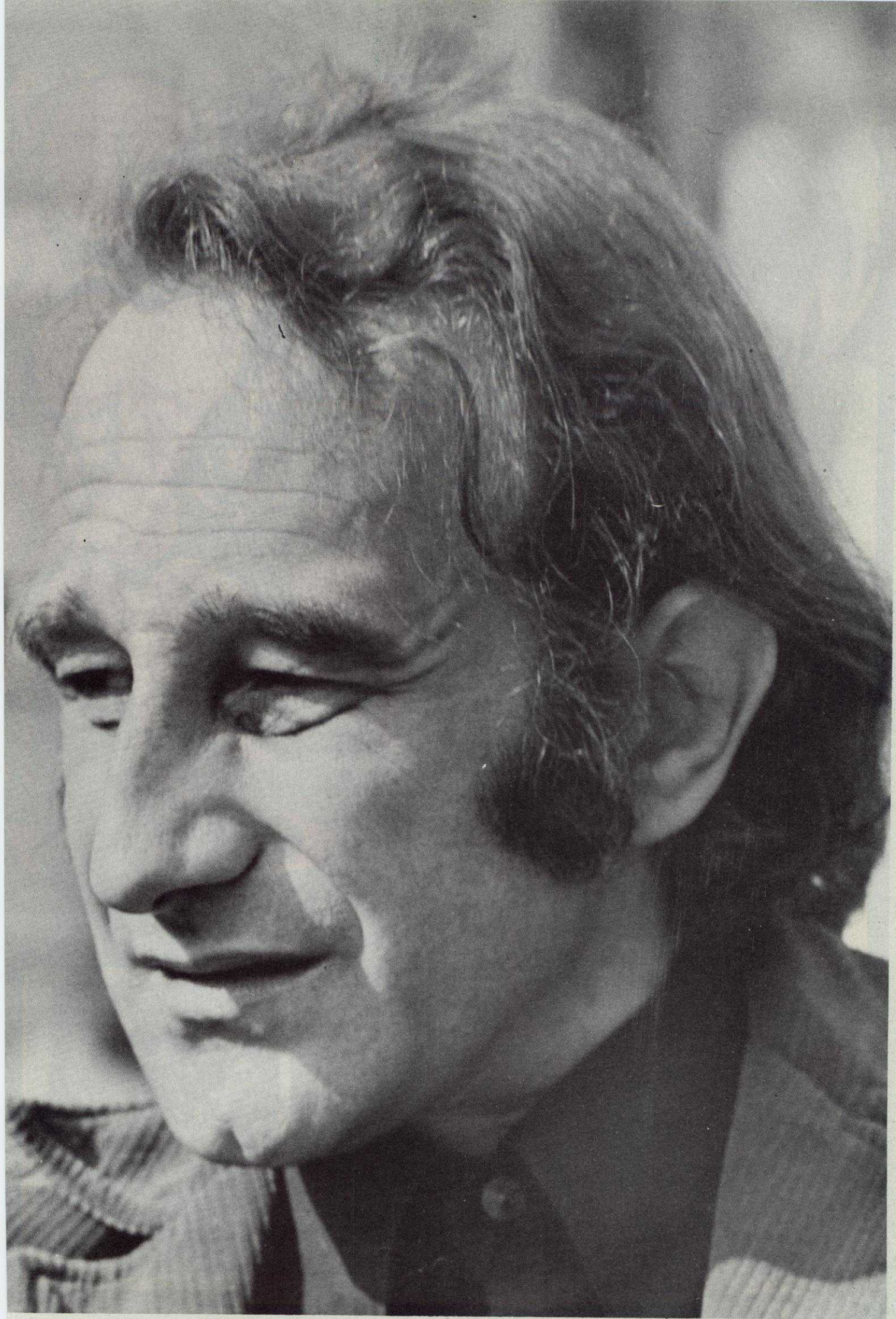
“No pretendo mostrar en mis cuadros futilidades o belleza utópicas, sino las reales vicisitudes por las que pasa el género humano”.

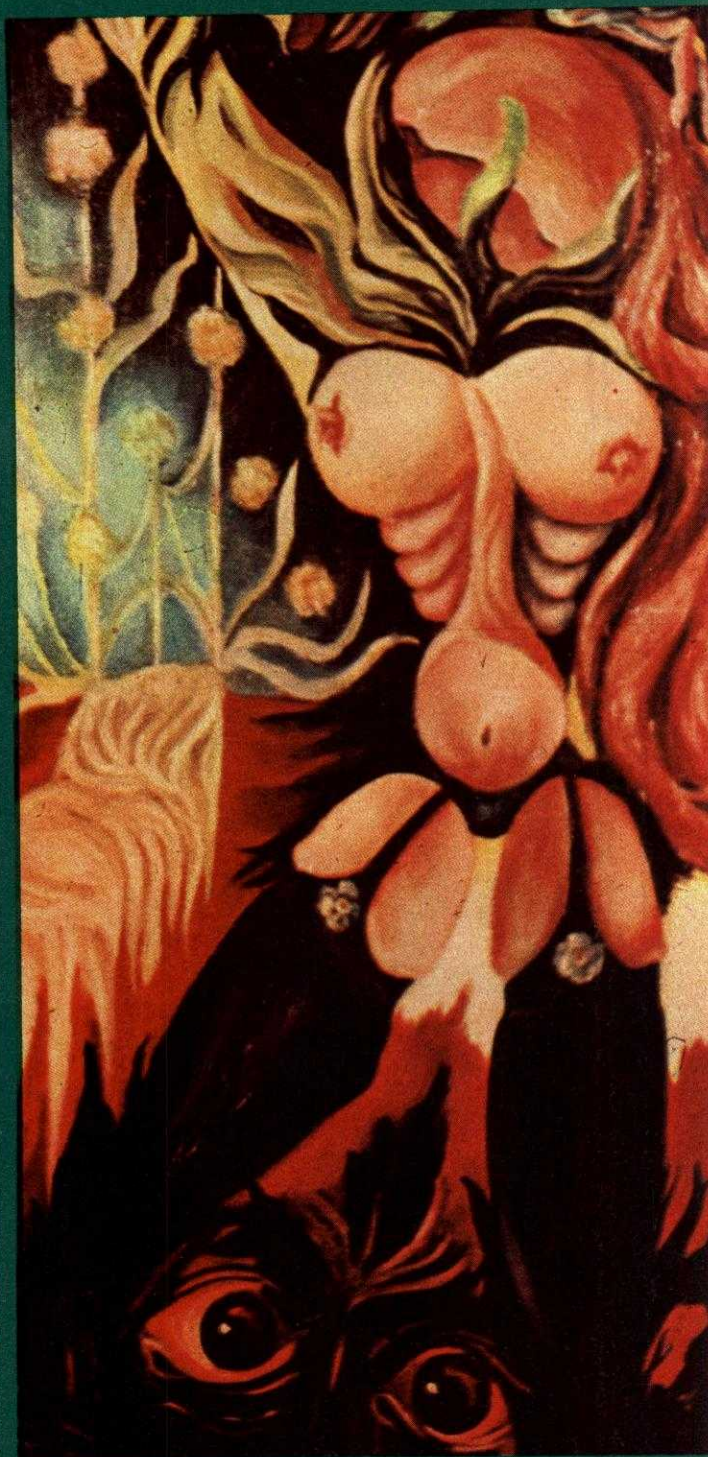
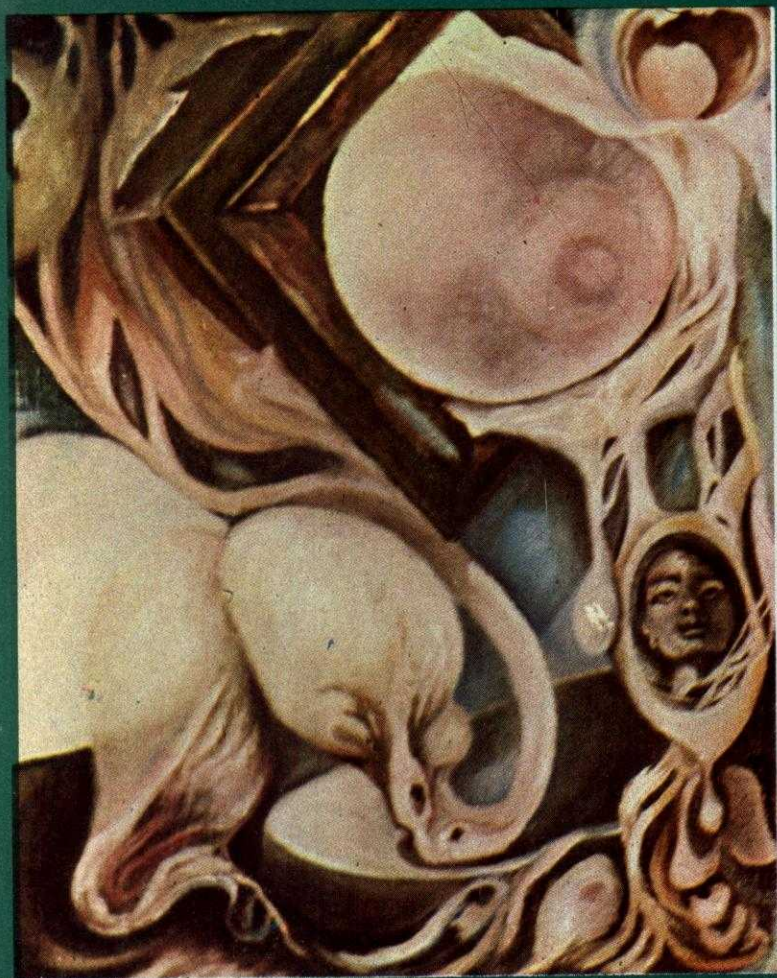
“Soy el padre de todos los niños huérfanos, y el hijo de todas las mujeres desvalidas del mundo”.

### Exposiciones

“He presentado, entre lo más sobresaliente, exposiciones individuales en Buenos Aires y algunos de mis cuadros han sido adquiridos por el Museo de Berlín, por el Museo de Minas Bochun y también por coleccionistas mexicanos, entre ellos Siqueiros. En 1970 exhibí en la Galería de Arte Concreta, de Sao Paulo, en donde en ese mismo año participé en una exposición colectiva en la Galería de Artes Uirapurú, junto con Portinari, Pancetti y otros artistas. En 1972 presenté una exposición individual en la Galería 2000, en Munich”.

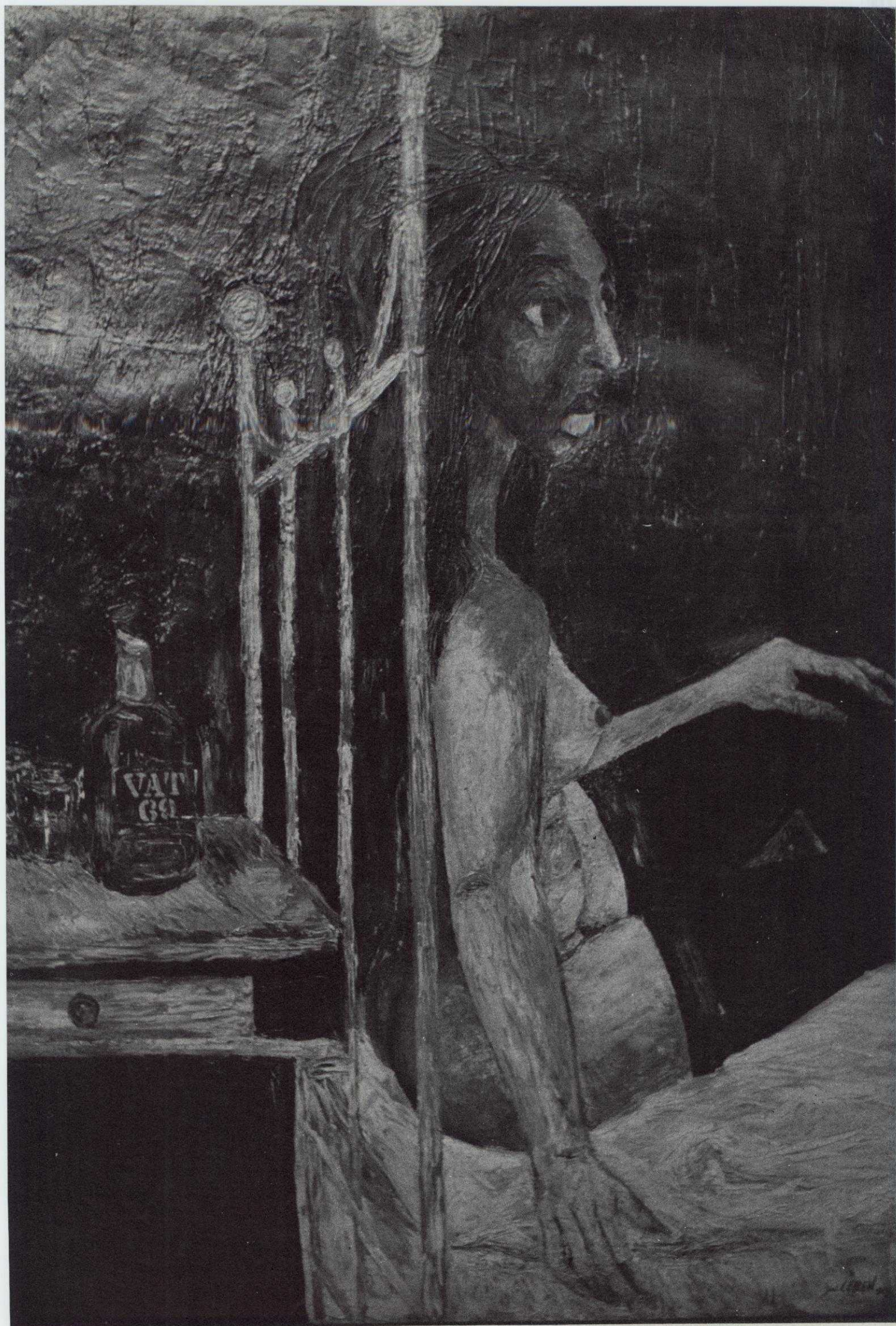
“Nací en Dortmund, Alemania Occidental, el 7 de julio de 1931. Mi familia no era rica pero tenía lo suficiente. Mi padre, ingeniero de minas, murió en la última guerra mundial, en Italia. A los trece años inicié mis estudios con profesores particulares. Cuando tenía diecisiete gané el primer y tercer premios en un concurso promovido por los gobiernos de Alemania y de Inglaterra; mi cartel sobre la amistad de los dos pueblos me valió el ingreso en la Academia de Bellas Artes de Düsseldorf. Me recibí en 1953 y comencé estudios de publicidad. Durante la segunda Guerra Mundial (tenía 14 años) fui transferido con mis compañeros de escuela a Bavaria y no participé en ningún acto bélico. Residí en Brasil y viajé por la mayoría de los países latinoamericanos. Fui alumno de Segall, en Alemania; amigo de Kokoshka, Max Ernst y otros connotados expresionistas.”













# EL DESEO Y EL MUNDO

Son los últimos días de agosto. No muy lejos de aquí, se sabe que el invierno ha empezado a morir. El frío está impregnado por el olor de las flores amarillas de los aromos y se anuncia para pronto el estallido de las glicinas, las flores azules, las flores blancas; pronto el aire olerá a glicinas, no muy lejos de aquí, y olerá a manzanas y a diabluras. Se alargarán los días.

Si Gustavo pudiera, contaría que aquí los vidrios de las ventanas de las celdas han sido blanqueados con pintura para que los presos no vean el cielo. Contaría que eso es duro de sobrellevar; pero es duro solamente mientras dura el día. Durante la noche, no. A la noche, aquí, al fin y al cabo, es posible imaginarla, con la cruz del sur todavía alta y las tres marías todavía demoronas en mostrarse. Además, contaría Gustavo, a la noche es mejor no mirarla desde aquí, no vale la pena. ¿Para qué? ¿Para ver los reflectores girando y girando desde las casamatas de las colinas? No. Si Gustavo pudiera, más que contar, preguntaría.

Y de todos modos pregunta. Pregunta otras cosas:

- ¿Cómo te va en la escuela?
- ¿Te lastimaste la frente? ¿Cómo fue?
- ¿No trajiste ningún abrigo?
- ¿Te cansaste? Son treinta cuadras...

Es difícil hacerse oír en medio del vocerío de todos los demás presos que, ávidos como él, aplastan sus rostros contra las alambradas. Hay dos alambradas separándolo de Tavito. Son alambradas de gallinero.

—Yo no me canso nunca. Camino y camino y no me canso.

—Pero hace frío.

—Yo camino y no lo siento. ¿No es verdad, papá? Cuando uno camina, el frío se asusta y se va lejos.

Gustavo permanece en puntas de pie y Tavito, a medio metro, también: no hay otra manera de verse las caras o, por lo menos, adivinarlas a través de la rejilla: la cara de Tavito sobresale apenas por encima de la base de cemento de la alambrada.

Hay muchas cosas que escuchar y toda la gente habla y las voces se confunden. A veces, se abren unos pocos segundos de silencio, como si todas las mujeres y los hombres y los niños se hubieran puesto misteriosamente de acuerdo para tomar aliento al mismo tiempo, y entonces queda el jirón de alguna frase desprendido en el aire.

—¿Y los dibujos? ¿No me trajiste dibujos?

—No tengo ninguno.

Tavito intenta meter un dedo por entre los alambres, el dedo queda prisionero: no se puede.

—¿Cómo que no? Y todos aquellos dibujos que...

—Los rompí.

—¿Qué?

—Estaba con rabia y los rompí.

Gustavo piensa que Tavito ha de tener frías las manos. Gustavo enciende un cigarrillo, se echa humo en sus propias manos. Desearía que hubiera una manera de mandarle calor a Tavito a través de la malla de alambre. Los dibujos. Un ojo que camina con las pestañas. El doctor reloj usa las agujas de bigotes. Viene el león y se los come a todos. El león agarra la luna con la pata. Te voy a explicar. Estos tres payasos le pegan al león para que suelte a la luna y la luna se cae y... El perro le muerde la cola a una señora gorda. ¿Los escuchás? Oí. La gorda está gritando guau, guau, y el perro está diciendo ay, ay.

Ahora Tavito tiene las dos manos abiertas contra los alambres y se las está soplando con el aliento.

—A la tía Berta se la tengo jurada —dice Tavito.

Detrás, hay una puerta pesada de rejas de hierro. Los soldados apuntan con las metralletas y tienen cachiporras y también revólveres en las cananas. Tavito dice:

—Ella me pegó.

El aire huele a humedad y a encierro.

—Por algo habrá sido.

Tavito patea el murete con la punta del zapato. Luego alza la mirada. Esta manera peligrosa de mirar. Aquella manera. La cara de Carmen, cara de chiquilina ávida, quiero todo, quiero más, los ojos curiosos, hambrientos, devorándose al mundo.

—¿Me oís?

—Sí, sí.

Gustavo siente un malestar en la garganta. Carmen. Alza la mirada, el techo es alto y gris. Tavito dice:

—Escuchá.

—Sí, sí. ¿Qué?

—La barriga. Me está hablando.

Tavito les hace muecas a los soldados, les saca la lengua.

—¿Por qué te pegó?

—¿Quién?

—Berta. Me dijiste que te pegó.

Tavito permanece en silencio con la cabeza baja, y por fin dice, y Gustavo apenas puede escucharlo:

—Ella se enoja porque me hago pichí en la cama.

—Y el Aguila del Desierto, ¿sabe que voz te andás meando?

A Tavito la sangre se le sube a la cara y le hace cosquillas hirvientes.

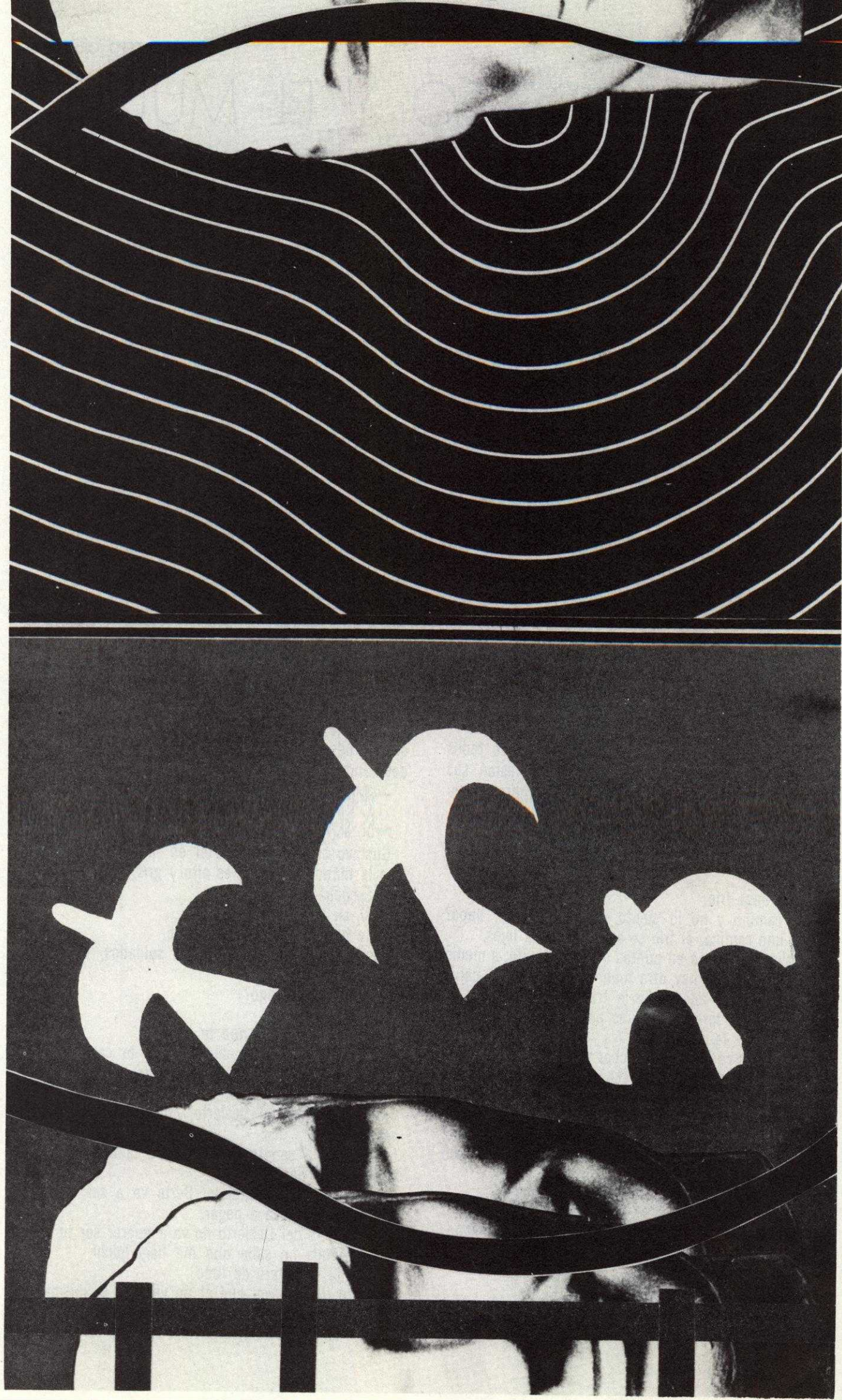
—Cuando yo sea grande, Berta va a ser chiquita y entonces me las va a pagar.

—El Aguila del Desierto no va a querer ser tu amigo.

—El Aguila no sabe que me hago pichí.

—Ah, él se entera de todo.

—Pero no. No ves que él no vive en la misma vida que yo. El vive en la vida de la guerra. Mi vida es distinta. En mi vida hay una vieja con una cara de Berta.



Gustavo no había querido que Tavito viniera. Verlo, había pensado, será peor. Pero el último domingo le había pedido a su hermana que lo trajera y que ella lo esperara afuera.

—¿Y ese vendaje que tenés en la frente? No puedo creer que... Pero... ¿y la nariz? ¡Si tenés la nariz hinchada!

—Voz peleaste contra diez. En el diario decía. Yo también voy a ser fuerte y voy a pelear contra todos.

—¿Cómo fue?

—En la escuela, fue.

—Yo no pelée contra diez ni contra ninguno. Te querés parecer a alguno de esos maricones de la televisión.

—Ellos estaban hablando mal de vos.

—Ellos, ¿quienes?

—Ellos, en la escuela.

—¿Qué decían?

—Que te van a matar los soldados. Ellos decían eso y yo les pegué y por poco los mato a todos.

Gustavo traga saliva. Siente una opresión en las sienes. Las orejas le arden. Quisiera sentarse. Estar lejos. Estar antes. Antes, ¿cómo era?

Tavito está hablando, está diciendo:

—La tía Berta me mostró una foto tuya de cuando eras chiquito. Yo antes no te conocía de chiquito.

Y entonces Gustavo siente que lentamente retroceden los rostros del hijo y los compañeros y los soldados y viaja, desde este día y esta cárcel, hacia otro tiempo. El viejo tiempo regresa, el viejo mundo, y antes de que huya, Gustavo está brincando por la orilla del mar; a su lado baila el enano Tachuela, baila con una escoba parada en la palma de la mano: Gustavo perseguía a la banda del pueblo, los cuatro o cinco viejos destartalados que iban desatando un bochinche de tambores, y adelante de todos marchaba un negro de dientes brillantes que soplabla la trompeta como nadie; el negro se detenía, alzaba la trompeta con una mano y con la otra lo alzaba a Gustavo y se reía a las carcajadas y también el sol, viéndolos a todos, se moría de la risa.

—Me quise quedar con la foto y ella me la sacó.

Y veinte años después, Tavito preguntaba por qué vienen los pingüinos a morir a la costa, aprendía a presentir la lluvia: canta el benteveo su canto quebrado y fugaz, los chingolos baten las alas contra la tierra levantando polvareda, las hormigas atraviesan, desesperadas, los caminos.

—¿Cuándo vas a volver a casa?

—No sé. Pronto.

El viento norte, que te da en la espalda, es viento de tierra, pero cuando el pampero viene, Tavito, viene para limpiar el aire. Mirá. Hoy el mar tiene espuma de cerveza. Una gaviota le rozaba la cabeza con el ala. La espuma se hinchaba, temblaba, abría bocas, respiraba. Subía la marea: habrá buen tiempo, Tavito. La espuma se echaba a volar, Tavito tenía bigotes de espuma.

—¿Mañana?

—Puede ser. No sé.

Tavito perseguía las flores de cardo que subían y flotaban y subían por el aire y Gustavo preguntaba: ¿quién canta?, y Tavito se detenía, aguzaba el oído, decía: un pirincho. No, mirá: y entonces Gustavo le señalaba la cabecita amarilla del carpintero entre las ramas de los árboles.

—¿Quién es el que sabe cuándo vas a volver a casa?

—Nadie sabe, Tavito.

¿Cuántos días han transcurrido? ¿Cuántos meses? Una noche se descubre que llevar la cuenta es peor. Antes, antes. Gustavo mira sin ver. Abolir el tiempo. Volver atrás. Quedarme, Carmen, quedarme en vos. Yo creía, Carmen, que no ibas a terminarte nunca. Te apreté la mano y la mano latía, estaba viva como un pájaro. Antes, antes de todo. Y las estrellas, papá, ¿qué hacen durante el día? ¿Por qué ponieron mosquitos en el Arca de Noé? ¿Por qué mamá murió? Dos perros rodaban mordiéndose por los médanos, y Gustavo ya había estado preso, no dormía en la casa, tres veces habían venido a revolver las cosas unos tipos de uniforme, estaban armados como los que trabajan en la tele, esos de la serial de "Combate", daban vuelta la casa y Tavito los miraba sin pestañear y sin abrir la boca, clavado contra la pared; el cuerpo le temblaba hasta los dedos de los pies. Gustavo le había dicho: hay tantas cosas que tendrás que descubrir, Tavito. Las cosas invisibles, las difíciles, la brecha que te espera entre el deseo y el mundo, apretarás los dientes, resistirás, nunca pedirás nada. No, no se vive para ganarle a nadie, Tavito. Se vive para darse.

Tavito señala, con el mentón, a los soldados.

—Y estos, ¿no saben cuándo vas a volver?

—Tampoco saben.

Darse. Pero, ¿y él? ¿Tengo derecho?, se pregunta, ahora, Gustavo. Y él, ¿qué culpa tiene? He elegido por él sin consultarlo. ¿Me odiará alguna vez? Gustavo lo ve aproximarse a uno de los soldados. Tavito le habla, el soldado se encoge de hombros y luego le acerca una mano para acariciarle la cabeza. Tavito pega un brinco, como si la mano del soldado estuviera electrizada.

¿Tengo derecho? He decidido por él. ¿Había otra manera? Gustavo mira a los costados, a los compañeros, rostro por rostro, los hombres con quienes comparte la comida y la pena y las palabras de aliento que se pasan unos a otros, como el mate, de boca en boca. El tiempo de ahora y el tiempo de después. Alguien le arroja, desde el otro extremo de la fila, un paquete de cigarrillos. Gustavo lo caza al vuelo. Y entonces Tavito dice:

—No te preocupes.

Dice:

—Cuando yo sea astronauta, nos vamos a ir a la Luna o nos vamos a ir a pescar.

Afuera, el infinito camino de tierra se extiende, polvo y frío, por entre los muñones de los árboles talados. Hay un sol blanco en el cielo. Tavito mira fijo al sol, luego cierra los ojos, siente el sol metiéndose, estremecedor, en el cuerpo. La luz lo persigue y le calienta la espalda. Entre el sol y Tavito, camina una mujer que lleva un atado de ropa colgando de una mano.

Al otro lado de las colinas, los aromos huelen a miel. Y en la ciudad, no muy lejos de aquí el viento alza papeles viejos, en remolinos, por las calles. En los mercados pregonan las frutillas de Salto. Los perros dormitan, al sol, junto a los mendigos. Sentado en el cordón de la vereda, un chiquilín dibuja el mundo con un palito.